

La promesa de una vida sin violencia (*fragmento*)¹

Pedro Salazar Ugarte

"El consenso es abrumador: México precisa de un cambio de paradigma en políticas públicas de seguridad y justicia con auténtico fundamento democrático."

Elementos para la construcción de una política de Estado para la seguridad y la justicia en democracia, UNAM.

Imaginemos una plaza pública cualquiera —uno de esos espacios de encuentro y desencuentro que emergen como lunares de la socialización de los pueblos y las ciudades— y visualicemos dos postales alternativas. En una escena, las personas pasean, juegan, comercian e interactúan sin la presencia visible del Estado y sus guardianes. En la otra, las mismas personas hacen las mismas cosas, pero en cada esquina de la plaza está estacionada una tanqueta militar, los soldados caminan entre la gente, piden documentos, requisan objetos, detienen e interrogan por azar o por prejuicio, y, si es necesario, persiguen y someten. En estas dos recreaciones imaginarias, los paseantes simplemente están ahí, viviendo su vida colectiva en un nicho de recreación comunitaria, y podemos suponer que desean hacerlo en paz, sin riesgos inusuales ni amenazas criminales. La diferencia, entonces, no reside ahí —en la aspiración, digamos, de unos padres que quieren ver jugar seguros a sus hijos—, sino en la manera en la que el Estado y la sociedad han articulado y coordinado sus acciones y dinámicas para cumplir esa aspiración elemental.

La imagen de la plaza pública es elocuente porque supone la recreación del espacio común —ese que es un lugar de todos—, de una vida social en la que la diversidad y la pluralidad conviven y se explayan. Es una imagen que se contrapone a los guetos y la pulverización de lo social en la particularización de lo privado. La plaza —por echar mano de un ejemplo

¹ Fragmento tomado del libro *Crítica de la mano dura. Cómo enfrentar la violencia y preservar libertades*, 2012, Océano, México.

geográfico emblemático— es el Zócalo de la ciudad de México una tarde de domingo cualquiera, retrato que se opone a la postal de los barrios exclusivos y excluyentes —pongamos por ejemplo al feudo de Santa Fe en la misma ciudad— en los que no existen las banquetas y donde en la entrada de los edificios te esperan guardias armados que revisan identificaciones y dirigen a las escoltas de los propietarios y visitantes hacia los espacios reservados para esos guardianes privados de la seguridad ausente.

La plaza, entonces, es el lugar en el que —desde la reconstrucción idealizada de la Grecia clásica— reside y emana la convivencia democrática, una convivencia que es social antes que política. Por eso, es ahí donde las dos postales que he trazado cobran elocuencia: cuando reivindicamos la importancia del espacio público y pensamos en la agenda de seguridad, no es lo mismo la convivencia pacífica y segura que se vive sin la presencia de las armas que la promesa de seguridad que se esgrime exhibiendo bayonetas. No lo es para quienes se encuentran en la plaza ni para quienes pretenden visitarla. Si yo fuera un extranjero, dudaría en pasar mis vacaciones en las playas de Acapulco si la promesa de seguridad está guardada en los cartuchos de los militares que, encapuchados y amenazantes, protegen sus entradas. Me daría miedo lo que su presencia anuncia y lo que su amenaza advierte. Y tampoco querría encerrarme entre los muros de una fortaleza blindada con vistas privilegiadas a las bahías de un paraíso inaccesible. Preferiría, sin duda, el ambiente democrático de una playa pública cualquiera en las aguas frías del Mediterráneo.

Lo que promete una Constitución orientada a la libertad y al ideal igualitario de la vida autónoma es un orden social inspirado en la imagen de la plaza sin guardianes. La normalidad —ese concepto vago, pero útil— se alcanza cuando dicha promesa se cumple. Ni la atomización social de los pequeños guetos del privilegio que se blindan contra las amenazas de una sociedad fragmentada, ni la plaza sitiada por los tanques cumplen con la pretensión de normalidad que ofrece —como una oferta civilizatoria— el proyecto del constitucionalismo democrático. Porque la paz de este modelo es la paz de los derechos, no de las armas que se enseñan ni la de los sepulcros que se lloran ●